

EL HUMANISMO COMO RESPUESTA A LOS PROBLEMAS ACTUALES

Antonio Ruiz Sánchez
(Académico Correspondiente)

Necesidad del humanismo

Se ha escrito con belleza que «el hombre es como una esfera que gira vertiginosamente en busca de su centro de gravedad». Esta afirmación nos parece ajustada, pero también es cierto que el hombre no ha sido nunca una mónada leibniziana, un sistema clausurado sobre sí mismo, sino que se presenta dilatado y abierto a incontables realidades diferentes de su propia realidad y que repercuten en su entidad misma, en su vida y en su actuación.

En esa danza angustiada, como dicen hoy, del hombre en busca de su centro, la persona humana, como niño sorprendido ante la maravilla de la realidad exterior, ve pasar delante de sí seres semejantes, ideas, descubrimientos, cosas, valores, realidades múltiples que le afecta, le moldean, le hace o le deshacen, lo elevan o lo embrutecen, pero nunca le dejan insensible. Y esto hace que el hombre, inserto en el mundo que le rodea, se pregunte por la realidad y el sentido de sí mismo, por las cosas que comparten con él la existencia, por la materia y por la vida, por su esencia, sus leyes y sus misterios, por la solución de los problemas que le angustian, y, sobre todo, por el enigma de su propio ser.

Esto ha preocupado siempre al hombre y en momentos más o menos prolongados de su vida y de su circunstancia histórica, si entra en el santuario de su propio yo y de su conciencia, tratará de dar cumplida respuesta. Así han tratado de hacerlo, a través del espacio y del tiempo, los hombres de todas las épocas y de las más diversas culturas. Por eso se ha dicho que estas preguntas han sido la sombra del hombre y compañeras inseparables de él, a veces, angustiados viajes del ser humano por la vida. Y si esto ha sido siempre válido, cuanto más hoy, pues, como afirmara Martín Heidegger: «Ninguna época ha sabido conquistar tantos y tan variados conocimientos, sobre el hombre como la nuestra... Sin embargo, ninguna época ha conocido al hombre tan poco como la nuestra. En ninguna época el hombre se ha hecho tan problemático como en la nuestra».

En el mundo presente vemos desfilar ante el umbral de nuestra puerta una hilera interminable de voceros que pregonan las más extrañas ideas y las modas más estrafalarias, filosofías liberadoras, encarnadas, y políticas mesiánicas, espectáculos embriagadores y multitud de religiones con marchamo exclusivo de autenticidad, lo sublime y lo abyecto, lo bueno y lo malo, sentimientos nobles y pasiones inhumanas, heroísmos eternos y villanías sin nombre, multitud de valores y contravalores, como gusta hoy decirse, que dejan al hombre perplejo y que le producen unas veces pena, otras curiosidad, en ocasiones risa, en ciertas circunstancias escepticismo, ironía o rabia contenida o desatada. Todo esto no deja de ser consecuencia lógica de la crisis pasmosa y universal que corroe y esfiza el mundo de las ideas y de las instituciones, de las creencias y de las estructuras.

Realmente la vida del hombre está amasada de luces y sombras, está traspasada de problemas, que el hombre no se saca de la manga, ni los inventa con su mente calenturienta, están ahí, dando tejido a su existencia. Y, al darse de bruces con ellos, los acepta, los reconoce y los analiza crítica y sistemáticamente, intentando con arduos afanes de encontrar la respuesta que permita sortear los escollos y alumbrar los caminos tortuosos de toda existencia humana. Por eso el hombre, como realidad dinámica, va encontrando en las capas misteriosas de su personalidad, con esfuerzo y paso a paso, distintas dimensiones de su entidad y de su acontecer, de su ser y de su circunstancia.

La reflexión primera, muy niña y balbuciente, arrobada y hechizada con la grandeza del cosmos, preguntó por el principio originario de todas las cosas, que explicara el orden y los cambios, el kosmos y la kinesis, del mundo visible e invisible, olvidándose en su arrobamiento de preguntar por el hombre mismo, «Tuvo que ser el temblor estético de los poetas, de Homero y los líricos, los que, escuchando el latido de sus sentimientos sacarán a flor el tema del ser humano y los que expusieron el pensamiento griego sobre el hombre de entonces. Pero, a pesar de esto, fue Sócrates y los suyos, los que... pasaron de la contemplación del mundo a la del hombre, de la búsqueda del principio explicativo de las cosas a la explicación del misterio... del corazón humano».

Así, el primer descubrimiento, en la infancia de la filosofía griega, fue que el hombre tiene mente, más tarde, en una avance posterior, se sorprendió viendo que tiene naturaleza y, más recientemente, encontró que tiene historia y cultura, que tiene psiquismo y otras complejas estructuras y dimensiones, que está abierto a otros focos y referencias. Realmente el hombre es efecto y resultado de una naturaleza, de una historia y de una cultura, que le afectan, le influyen y le moldean desde la cuna de la tumba. Pero también es verdad que, viniendo al mundo a medio hacer, tiene que configurarse, hacerse y desarrollarse a sí mismo, así con transformar su medio de preparar su futuro. Como decía M. Blondel: «nacemos viejos, pero podemos hacernos jóvenes». Es decir, venimos al mundo con un fardo de siglos, de costumbres, conocimientos, herencias, tradiciones, prejuicios, etc., pero, por ellos y a través de ellos, podemos labramos una personalidad original.

Por eso el cometido de la reflexión y de la acción comprometida de los hombres de buena voluntad, que conocemos con el nombre de humanismo auténtico y realista, será no sólo presentar el inventario de los problemas y de las posibilidades o imposibilidades humanas, sino el de analizar las soluciones adecuadas y ofrecer los medios más aptos para que el hombre, en los distintos niveles y ámbitos, personales y sociales, consiga la dignidad de ser hombre y la libertad verdadera.

Así pues, la reflexión acerca de las dimensiones fundamentales del hombre y de la acción comprometida en la libertad y dignidad humana nació ayer y surge hoy de la sorpresa y admiración ante el espectáculo del mundo y ante la maravilla del hombre y sus operaciones creativas, ante el ingenio y la fuerza con que somete a la naturaleza, ante la fuerza y el coraje, con el que, aún siendo tan pequeño y débil, humilla y escala los picachos mas adustos, por muy empechados de nubes o nieves que los supogamos, ante el dominio y enseñoramiento del aire o del mar, ante la inspiración angélica, por no decir divina, que expresa en la literatura, en la poesía, en la música y la danza, en la pintura y arquitectura, etc.

Sorpresa y admiración ante los ojos claros, serenos, del dulce mirar inocente del niño que ríe, de aquella niña que llena con sus gracias inocentes los afanes y los tedios de nuestros hogares, de aquella criatura de nuestros parientes o amigos, cuya vida candorosa y sencilla, cuya voz suave y tierna, llena de alegría, frescura e inocencia nuestro corazón. Sorpresa y admiración ante aquel anciano, que tenemos clavado en la retina desde años atrás, en el campo, aquel viejo lugareño de nuestra tierra que surca su rostro de profundas arrugas, con ojos transparentes, que contempla

ron tantas cosechas y se extasiaron ante tantos horizontes infinitos, con su largo hábito de paciencia y de sufrimiento, de digna pobreza y de duro trabajo. Sorpresa y admiración ante el corazón que ama sin medida hasta el sacrificio heroico, ante el holocausto generoso y alegre de millares de seres humanos, que superan el dolor y la muerte ante un ideal noble.

La contemplación y admiración de las grandezas, de las conquistas y de las posibilidades del hombre nos hablan de lo profundo de la dignidad humana que hizo afirmar al Doctor Angélico «que la persona es lo que hay de más noble y perfecto en la naturaleza». Pero, como a pesar de todo esto, nada en el mundo está más expuesto a toda clase de peligros y de riesgos, nada está más vilipendiado y desperdiciado, nada se malgasta y se derrocha con tanta inconsciencia como el ser humano, cual si fuera un puñado de monedas que hay que tirar al aire, por eso se precisa la acción comprometida en la libertad y dignidad humana de un sano y liberador humanismo.

«Es un crimen, dice Maritain, malgastar vidas humanas con más crueldad y menos precio que si fuesen bestias de faena y librarlas a la despiadada voluntad de potencia de los Estados totalitarios o de los conquistadores insaciables. El traslado forzoso de poblaciones, los horrores de los campos de concentración, los asesinatos en masa, las guerras de sometimiento de que hemos sido testigos, son signos de un desprecio criminal respecto a la humanidad, llevado hasta un grado que nunca fuera visto. De seguro, es también vergonzoso que se contemplen por el mundo entero las viles condiciones de vida que están impuestas a innumerables seres humanos, en tugurios de miseria y de hambre. Como Burke lo escribía hace siglo y medio, «La sangre del hombre no debería ser derramada jamás, sino para redimir la sangre del hombre»¹.

Para liberar al hombre de las pesadillas del pasado, para evitar la caída en el foso de antiguas crueldades y locos desatinos, para corregir e impedir que la sociedad moderna, que llamamos desarrollada, siga arrastrando un cadáver, poco menos que vivo y hambriento, que no es otro que ese inmenso tercer mundo, donde el analfabetismo, la ignorancia, el hambre y la desesperanza, hace presa en millones y millones de seres humanos y en multitud de países atenazados por la carencia, el abandono, la injusticia y la impotencia más desesperante, es necesario un auténtico humanismo, que algunos, con marcada intención, llaman «un humanismo humanista», que arranque del hombre concreto, que no deja de ser un misterio para sí mismo, como decía el coro de la Antígona de Sófocles, cuando afirmaba que «muchas son las cosas misteriosas, pero nada tan misterioso como el hombre», y un problema para sí y para los demás, como también aseguraba S. Agustín exclamando: «Me convertí para mí mismo con un grave problema»².

Es cierto, «Grave problema» resulta el hombre para sí mismo. Siempre lo fue y mucho más hoy, cuando la reflexión filosófica, el sentido, el espíritu y los signos de los tiempos le angustian, le asustan y le amenazan con el cataclismo, el trastorno y le hundimiento de todos los ordenes humanos, ensobrecen su mente y le desesperan con el absurdo aparente de su existencia, como pregonan los postulados de ciertas filosofías, encarnándole con el enigma de sí mismo y hasta poniéndole en tela de juicio ante el espejo de su propia conciencia. Por estas poderosas razones el hombre no se puede encasillar en un molde prefijado e inmutable. De aquí que el humanismo humanista que propugnamos sea vivo, abierto y plástico, atento a los problemas y necesidades del hombre y presente siempre donde el ser humano tome conciencia de sí mismo y establezca auténticas y fértiles relaciones interpersonales, allí

¹ Maritain, J., *De Bergson a Santo Tomás de Aquino*, Club de Lectores, Buenos Aires, 1983, p. 114.

² San Agustín, *Confesiones IV*, cap. 4.

donde el hombre sepa romper todas las cadenas y no comprometa la libertad, el espíritu creador y la inviolable dignidad personal.

El humanismo auténtico

Es cierto que todos los humanismos, como ya veremos, ofrecen un arquetipo humano, pero hay que admitir que se requiere conocer y examinar detenidamente si ese modelo es realmente humano o todo lo contrario, porque si el humanismo supone e indica algo es lo opuesto a lo inhumano y todo lo que conlleva y arrastra. Por eso el humanismo vivo, abierto y elástico, el humanismo realista y por hacer está obligado a ser concreto y realista, desprovisto de pretensiones globales y lo más ajeno posible de ideologías interesadas y partidistas. Entendemos el humanismo «como la realidad del hombre y de lo humano en el diálogo, en la libertad, y en la promoción del hombre», pero acorde en su interpretación con el pensamiento, la sensibilidad y el temperamento del hombre actual, agobiado por el peso de vivencias experienciales alentadoras y deprimentes, ilusiones mesiánicas y desengaños crueles y que en medio de tantos cataclismos ha podido sacar a flote su propio protagonismo, superando trasnochados modelos de gigantes y de superhombres.

Hay que tener muy presente los presupuestos del mundo actual y el lugar del hombre en el mundo, que es totalmente distinto a cualquier tiempo pasado y a cualquier modelo anterior, es algo radicalmente nuevo, por lo que los esquemas y prototipos pasados ya no son válidos ni inmutables, como mucho, sólo son orientativos, ya que los logros alcanzados por las ciencias positivas, por las ciencias humanas, por la psicología y la sociología, los avances técnicos, los progresos de la cultura cibernética presentan un nuevo aspecto del hombre, le sitúan en un lugar distinto y alejado, apasionante y urgente, como iniciador e inventor de una civilización nueva, aunque tenga sus apoyaturas y conexiones en la cultura hoy al uso, al menos, en la del llamado mundo occidental desarrollado. Como bien se ha dicho, «el verdadero ser humano está todavía por venir y nos encontraremos en ese momento crítico y decisivo de la historia en que se produce a gran escala la toma de conciencia de esta humanidad aún por instaurar sobre las ruinas de un mundo desmoronado»³.

Es que verdad que, cuando se están cayendo los grandes baluartes, los fortines y parapetos, que hace sólo unos días daban la impresión de ser inexpugnables, cuando las murallas ideológicas que dividían a Europa y al mundo en dos bloques enfrentados y antagónicos, hasta hace unos meses, están saltando por los aires, se precisa imaginación y capacidad mental para ofrecer al mundo un estilo de vida apasionante, atractivo y nuevo, que si bien es verdad no se sabe aún cómo deberá ser si se sabe, y muy bien, por cierto, cómo no deberá ser, es decir, nunca deberá ser alienante, esclavizador e inhumano. La dignidad de la persona con su cortejo de libertad, igualdad equitativa, dignificante y humanizadora, justicia y derechos humanos para todos, son valores tan fuertemente hincados en el corazón de los hombres que la lucha a muerte por los mismos es sentida, con pasión, y compartida por todos y en todos los rincones de la tierra, ya que amenaza también alcanza a todos.

«El hombre por venir se distinguirá del hombre tal como existe actualmente por el hecho de que será libre de todas las servidumbres que todavía hoy pesan sobre él»⁴.

Este será, por tanto, el mérito o el demento, la gloria o el fracaso del humanismo nuevo, que llama, con fuerza y urgencia, a nuestra puerta y que, si hemos de ser sinceros, creemos brillará mucho más como comportamiento y reflexión sobre el ser humano y su mundo. Y esto es natural, porque, si el hombre es dinamismo, avance,

³ Marcel, G., *Filosofía para un tiempo de crisis*, Madrid, 1971, p. 63.

⁴ *Ibidem*, p. 64.

superación, inquietud, está pidiendo un esfuerzo permanente por superarse y la negativa absoluta del hombre del futuro a mantenerse anclado en alguna de sus determinaciones. De aquí que el humanismo que anunciamos son en cuanto al nuevo estilo, las nuevas maneras, el tono y la senda que hay que recorrer para llevar a cabo y realizar la condición humana como tarea permanente, nunca acabada, y siempre perfectible, siendo conscientes que esto no es tarea fácil y que estará empedrada de dificultades, pues hay que tener bien sabido que junto a las actitudes humanas, a veces heroicas, se dan también elementos inhumanos, como junto al día se da la noche, junto a la fuerza la debilidad, junto a la vida la muerte, junto al triunfo el fracaso, junto a la unión la desunión, junto al amor el odio.

Por eso la cuestión más apremiante que hay que resolver hoy con vistas a mañana no será tanto salvar y transformar soñadora y utópicamente al hombre cuanto hacer mayores esfuerzos posibles para no alienarlo, para no destruirlo, para no deshumanizarlo, sin sueños mesiánicos que quieran hacer al hombre un dios o un superhombre y sin felonías camufladas que quieran rebajarlo a un nivel inhumano de infrahombre. Lo que pedimos es un humanismo que desarrolle al hombre, que le convierta en una existencia humana libre, sana, liberada y liberadora, y esto no por gracia de nada ni de nadie, ni de forma esporádica, sino para siempre y como exigencia de la eterna e irrenunciable dignidad humana.

Es cierto que para el hombre de mañana no valen los mesianismos pasados, ya que, para unos, el paraíso en la tierra lo constituirá el avance incontenible y el desarrollo sin fin científico-técnico, que, con sus conquistas, que podríamos llamar tautomáticas, y la creación de estructuras nuevas llevará la dicha a todos los rincones del planeta y aniquilará la miseria de la faz de la tierra. Para otros, que, cada día y en progresión geométrica, se les va cayendo la venda de los ojos y van perdiendo la fe en la ciencia, la solución de ciertos problemas humanos no está al alcance y hasta diríamos que escapa de las posibilidades de la civilización tecnificada de ciertos insatisfechos y desarrollados países, que para ludibrio de la humanidad y baldón de estas conquistas técnico-científicas no cubren en el confortable manto de su protección sino a una pequeña grey de privilegiados seres humanos. Por eso estos no tienen reparos en gritar, a pleno pulmón y a la luz del día, que un mundo asfixiado por la fiebre de la ciencia y la técnica sería irrespirable, infrahumanos, inhabitable desde todos los puntos de vista, desde la perspectiva biológica, cultural, espiritual, etc.

Como se ha escrito, la experiencia no da pábulo, al mesiánico optimismo de la técnica actual. Chorea todavía sangre y está muy vivo aún el macabro recuerdo de las dos últimas guerras mundiales, de los campos de exterminio, de los pugilatos de la guerra fría, del pavoroso temor del holocausto químico o nuclear, está viva la angustia ante las xenofobias, los racimos y los nacionalismos, que emergen, en estos días, amenazantes, como para contemplar el futuro del progreso científico con la mirada limpia, inocente y tierna de los tiempos pasados. Y además, los progresos técnicos y el desarrollo de las ciencias humanas, al que ya hemos aludido, están generando oscuridad y verdadera incertidumbre sobre la auténtica esencia del hombre, y la razón profunda y última del ser humano. Consecuencia de todo ello es, sin duda, la más profunda crisis de identidad del hombre que haya conocido los siglos.

Hay que reconocer que tenía razón Max Scheler cuando escribe: «En la historia de más de diez mil años somos nosotros la primera época en que el hombre se ha convertido para sí mismo radical y universalmente en ser problemático: el hombre ya no sabe lo que es y se da cuenta de que no lo sabe. Solamente haciendo tabla rasa de todas las tradiciones referentes a este problema, contemplando con sumo rigor metodológico y con extrema maravilla ese ser que se llama hombre se podrá llegar nuevamente a unos juicios debidamente fundados»⁵.

⁵ Scheler, M., *Philosophis Weltanschauung*, Bonn, 1929, p. 62.

Por estas poderosas razones y porque no se puede olvidar que el hombre es una realidad o estructura, si se prefiere, dinámica y con sentido, un ser individual y al mismo tiempo comunitario, una realidad dada pero no terminada, una realidad a medio a hacer, como se dice hoy, el humanismo real y posible, de que hablamos tendrá que ser una meta, una afanosa búsqueda, un punto de destino y llegada más que un punto de mimética partida. Deberá ser un humanismo que sepa presentarnos al hombre «en su realidad personal y social, en su naturaleza y en su historia, en su estructura ontica y en sus relaciones ontológicas, en su superficie y en su profundidad, en lo que hace, piensa, siente y quiere, y en lo que puede ser».

Orígenes del humanismo

Para nadie es un misterio que la palabra humanismo evoca el recuerdo de lo antiguo, la vuelta al pasado ya sea al mundo greco-romano, ya sea a los tiempos nostálgicos y miméticos del Renacimiento, ya sea a los presupuestos ideológicos de la Ilustración, de la Revolución francesa, del freudismo, del marxismo, etc. Y la verdad es que el humanismo auténtico no tiene por qué reducirse a encorsetar al hombre a modelos, a personajes, a esquemas culturales o vitales, a formas de vida, o a ideologías ya un tanto rancias, basta y sobra con que sea una búsqueda rigurosa y equilibrada de una idea nueva del hombre, donde se desenvuelva y desarrolle, lo mejor posible, en su ser, en su pensar y sentir, en su actuar.

Sin embargo, el término humanismo y los términos emparentados con él, como humanístico y humanidades, denotan, antes que nada, el conocimiento del hombre libre, con su destino de libertad, desde el estudio de las ciencias, que desde antiguo se llamaron liberales. Así, parece ser que la palabra *humanismo* se usó por vez primera en alemán por F.J. Niethammer en el año 1808. Por su parte, el vocablo *humanístico* apareció en 1784 y la voz *humanista* la vemos utilizada por primera vez en italiano en 1538, produciéndose, sin duda, una íntima conexión entre el sentido de estos tres términos. Para Niethammer el humanismo venía de ser aquel movimiento que resalta el estudio de las lenguas clásicas de Grecia y Roma. Con el término humanista en Italia indicaban a los maestros de las llamadas humanidades, diferenciándolos de otros profesionales, con el canonista, el artista, el jurista, etc.

El humanista, por tanto, era todo aquel que se entregaba al cultivo de las artes liberales, principalmente de aquellas que mejor expresan el arte humano, como pueden ser la gramática, la literatura, la retórica, la poesía, la historia, la filosofía. Hay que precisar también, y en honor a la verdad, que el humanismo renacentista más que un sistema o corriente filosófica es un cultivo de las ciencias liberales, que tendrá su lógica repercusión en la filosofía posterior, dado que estos cultivadores de las humanidades tuvieron la grandeza de resaltar la dignidad del hombre y de su educación en la libertad. El humanismo, por tanto, en su origen fue una actitud de acogida y admiración por las letras clásicas y por el mundo greco-romano y el empeño entusiástico del Renacimiento por ofrecer el arquetipo o ideal del hombre clásico a una cultura y a una sociedad que iniciaba unos derroteros nuevos en una Europa convulsionada y apasionante.

Así, pues, el desempolvar el modelo clásico para hacer de él el objeto de admiración y paradigma de conducta, resucitando un pasado al que se trata de dar vida y de imponer en la práctica diaria, supone, sin duda alguna, la glorificación de lo humano y la utópica convicción de que lo auténticamente humano se consigue por el camino de las letras clásicas. Y además, si en unos comienzos este paradigma o ideal clásico se circunscribía al mundo de la literatura, después, e insensiblemente, pasaría al ámbito de la filosofía, desembocando en una visión global y sistemática del hombre y de la vida.

De aquí que, en los tiempos presentes, el humanismo indique no sólo ese ideal rencantista, antes aludido, como rescate de las lenguas clásicas, sino principalmente ciertas corrientes y sistemas filosóficos, en concreto, todos aquellos en los que resalta algún ideal humano, ya sea por medio de un método, una concepción o interpretación determinada. Ahora bien, como los ideales humanos son muy diversos, distintos serán también los humanismos, apareciendo así un humanismo cristiano, un humanismo llamado integral o el humanismo de la Encarnación como el marxista, el científico, el social, el clásico, el futurista, el liberal, etc.

Como es natural, cada una de estas tendencias presenta una característica propia, o al menos lo pretende, lo que indica que el término humanismo, además de poco definido o ambiguo, es múltiple y con distintos sentidos, según destaque un ideal de cultura, como ya hemos recordado, una visión o interpretación del hombre desde una perspectiva religiosa o trascendente o una corriente filosófica que contemple al hombre como valor absoluto, que se irá conformando a través del desarrollo completo de su libertad, sin olvidar que algunas corrientes humanísticas se distinguen por destacar la noción de persona en contraste con la idea de individuo, otras se definen por propugnar la sociedad abierta frente a la sociedad cerrada, encontrándose algunas que destacan el carácter fundamental social del ser humano y, por último, las que señalan que el hombre es una totalidad, no pudiendo reducirse fácilmente a ninguna función determinada.

Notas esenciales del humanismo y del antihumanismo

Ahora bien, para que tengamos un auténtico humanismo, sea de la clase que sea, tendrá que presentar un conjunto de convicciones comunes sobre las que se tiene que fundamentar toda alternativa humanista, encarnada, por lo demás, en sistemas de pensamiento o cosmovisiones distintas, si queremos, divergentes. Estas convicciones podrían ser:

- «El hombre es el ser al que corresponde el lugar primero y central de toda la realidad mundana, detentando un doble primado: ontológico (la cima de la jerarquía o pirámide de lo real es el ser humano) y axiológico (en la escala de valores, él es el primero y mayor). Por tanto:

1. Las nociones de «sujeto» y «persona» gozan de preeminencia, son las primeras frente a cualquier otra del elenco ontológico.

2. Entre el hombre y su mundo, entre el ser humano y su entorno, su produce una quiebra cualitativa, es decir, el primero, el hombre, es distinto y no se puede reducir al segundo, al mundo o al entorno.

3. El hombre tiene un valor absoluto y no relativo, por tanto, no se le puede usar o tratar como medio, sino como fin en si mismo.

4. La historia será el tiempo y el espacio del protagonismo responsable y, por tanto, libre del hombre, siendo, por consiguiente, esta historia lo que quiera el hombre, lo que realice y haga creativamente de ella. «De aquí que todo lo que se oponga a estos rasgos característicos y esenciales del humanismo constituirá el mundo de los antihumanismos, con sus notas características que serían también:

a) Las nociones como «yo», «sujeto», «persona», «libertad», etc., no tienen sentido ni significación alguna y, si la tuviera, sería muy

de segunda fila frente a nociones como «sistemas», «estructura», «sociedad», «especie», etc.

b) No hay quiebra ni ruptura cualitativa entre el hombre y su entorno, el hombre no se diferencia cualitativamente de los demás seres; es una realidad más, como las otras, aunque más compleja.

c) El ser humano no tiene un valor absoluto y no hay por qué tratarlo como fin en sí mismo, al menos como individuo concreto, tiene, por tanto, un valor relativo y subordinado a otros valores. De aquí que se le puede usar como medio para alcanzar ciertos fines.

d) La historia no será el espacio del protagonismo libre y responsable del hombre, no se mueve, por tanto, por el estímulo o impulso de su sujeto que obra libre y responsablemente, dando rienda suelta a su creatividad, sino que se despliega movida por el impulso de leyes bien determinadas: biológicas, estructurales y sociales, semejantes a las que campean en el ámbito de la física o de la química».

Al hilo de algunas de las características del antihumanismo, cabría hacer algunas reflexiones, no por sencillas menos chocantes. Por ejemplo, ante el reduccionismo biologista, puede uno hacerse este o parecido razonamiento: si el hombre y el animal no son esencialmente diferentes, entonces se podría tratar del hombre lo mismo que a un animal doméstico, al perro o al gato, que no acompaña. De hecho ya hay clínicas, restaurantes, peluquería y hasta cementerios para perro y gatos y, si comparamos los animales domésticos de los países desarrollados, están mejor y más científicamente nutridos que los seres humanos de los países pobres de la tierra, donde mueren de hambre miles de niños diariamente. Y como estas podrían hacerse parecidas reflexiones, en cuanto al reduccionismo fiscalista: si el hombre es una simple máquina, no podría defenderse con cierta lógica que sea más delito matar a un hombre que destrozarse un robot.

Como podrá comprenderse, la controversia entre humanismos-antihumanismo no es un simple cuestión especulativa, entre el juego, de forma rabiosa, la legitimación de dos formas de praxis social, política y ética totalmente enfrentadas. Y para nadie debería ser un secreto que, si en tiempos pasados la cuestión tuvo un acusado matiz teórico, hoy, ante las potentes tecnologías actuales, el problema se presenta revestido de una inmensa gravedad crítica en el ámbito de la práctica. «La manipulación genética, la modelación funcional del cerebro, el control psicológico de grandes masas de población, el marco-análisis, el lavado del cerebro, el uso bélico de la energía atómica, etc. Son los medios alucianantes de que una ideología anti-humanística dispondría si se pusiera al servicio de una designio totalitario».

BIBLIOGRAFIA

Para el humanismo renacentista

1. Burckhardt, Jakob, *La cultura del Renacimiento en Italia*, 1942.
2. Highet, G., *La tradición clásica*, 1958.
3. Sciacca, G.M., *La visione della vita nell'umanesimo*, 1954.
4. Seigel Jerrold E., *Rhetoric and Philosophy in Renaissance Humanism*, 1968.
5. Toffanin, *Historia del humanismo desde el siglo XIII hasta nuestros días*, nueva edic., 4 vols., 1964.

Para el humanismo moderno y contemporáneo

1. Boehlen, A., *Moderner Humanismus*, 1957.
2. K. Barth, K. Jaspers, H. Lefébvre et al., *Hacia un nuevo humanismo*, 1955.
3. Coreth, Emerich, *¿Qué es el hombre?*, Edit. Herder, Barcelona, 1980.
4. Díaz, Carlos, *El puesto del hombre en la filosofía contemporánea*, Narcea, Madrid, 1981.
5. Etchéverry, Auguste, *Le conflit actuel des humanismes*, 1964, 2ª edic.
6. García Bacca, Juan David, *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx*, 1975.
7. Gevaert, J., *El problema del hombre*, Edit. Sígueme, Salamanca, 1981.
8. Granell, Manuel, *El humanismo como responsabilidad*, 1959.
9. Heidegger, M., *Carta sobre el humanismo*, 1959.
10. Hermans, F., *Histoire doctrinale de l'humanisme chrétien*, 4 vols., trad. española, 1962.
11. Lubac, Henri de, *El drama del humanismo ateo*, 1949.
12. Maeztu, Ramiro de, *La crisis del humanismo*, 1919.
13. Maritain, J., *Humanisme integral*, 1936.
14. Moratalla, Agustín Domingo, *Un humanismo del siglo XX: el personalismo*, Edit. Cincel, Madrid, 1985.
15. Pintor Ramos, A., «Metafísica, Historia y Antropología», *Pensamiento*, n. 41, 1985.
16. Ramos, Samuel, *Hacia un nuevo humanismo*, 2ª edic., 1962.
17. Rigobello, Armando, *L'itinerario speculativo del l'umanesimo contemporaneo*, 1958.
18. Rios, Fernando de los, *El sentido humanista del socialismo*, 1926.
19. Rotenstreich, Nathan, *Humanism in the Contemporary Era*, 1963.
20. Ruiz de Elvira, A., *Humanismo y sobre humanismo*, 1955.
21. Ruiz de la Peña, J.L., *Las nuevas antropologías*, Edit. Sal Terrae, Santander, 1983.
22. Ruiz Sanchez, A., *El Misterio del hombre. La realidad humana*, edic. Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1989.
23. Sanchez-Martín, F., *Humanismo natural y humanismo cristiano*, 1955.
24. Sartre, J-P., *El existencialismo es un humanismo*, 1947.
25. Vela López, F., *Persona, Poder, Educación*, Edit. San Sebastián, Salamanca, 1989.
26. VV.AA., *Los deshumanismo actuales*, Laicado, n. 67, 1984.